

pensación de las persecuciones a su vez sistemáticas, y, en último término, como garantía de libertad y de crítica, en otro caso ineficaces.

El yerro del adversario, factor principal de las victorias, sirvió a la Prensa para vencer en su lucha por la impunidad, y logrado, de las tendencias y de las inercias de la conciencia colectiva, un criterio benévolo que frente a la persecución era necesario, redentor y justo, los vencedores fueron más lejos, y en confusiones hábiles, por velocidad adquirida e interés creado, consiguieron la impunidad allí donde el abuso era patente, el delito manifiesto, el exceso moral y jurídicamente condenable, aun desde el estricto criterio profesional, dañoso e indefendible.

Un Poder más que, con medios y habilidad quiso, y en general supo ser, impune en lo que le afectaba. El estrago, leve con Prensa de partido, cuya pasión es como tara conocida de una báscula, que permite rectificar el error advertido de sus pesos, se hizo más temible con empresas en que la profesión se supedita inevitablemente a la gerencia, balanzas equívocas que en la vaga orientación de su tendencia no encaminan apenas y extravían con frecuencia, fuerzas atraídas por conexiones y por impulsos, que no son tan sólo de orden político, sin que en ello se indique la invulnerabilidad penal ab-